

ante semejante cuadro, el valor del soldado que se deja hacer pedazos por los sables enemigos antes que abandonar el estandarte que se le ha confiado. En éste, por largo que sea el combate, dura apenas breves minutos, pocas horas si acaso, no pasa de seguro de un día; pero á aquellas pacíficas amazonas ha sido indispensable luchar veintidós años, sostener una batalla constante día tras día y hora tras hora, sin que haya habido un solo momento en que el enemigo dejara de pugnar por arrebatarnos la gloriosa enseña. Honremos, honremos la fidelidad á la bandera simbolizada en esa blanca toca de Hermana de la Caridad.

III

He subido al púlpito con el firme propósito de no elogiarme á mi propia hermana, y al admirar á sus compañeras no pude menos que comprenderla en la alabanza general. Pues ya falté á mi resolución, no llevéis á mal que os diga acerca de su vida breves palabras. Nadie de mí se burle, decía San Agustín (*Confes., libro 9*), si lloro algunos minutos por la madre que tanto lloró por mí; antes bien, si tenéis caridad, unid á las mías vuestras lágrimas y llorad por mis propios pecados ante el Padre de las misericordias. ¿Será temeridad el imitar al insigne Obispo de Hipona, y solicitar, como él, vuestra indulgencia, si lamento por breves instantes la pérdida de mi propia hermana?

Difíciles eran las comunicaciones en nuestro país hace treinta años. No obstante, muchos de los habitantes de esta ciudad iban á la que era residencia de mi familia y allí conocieron y trataron á la señora que hoy lloramos. Era el centro de una sociedad, entonces brillante, y amenizaba las reuniones, entonces frecuentes, ya con representaciones dramáticas, ya con poéticas composiciones de su propio numen, en que embebida en el espíritu de aquella época de agitaciones, cantaba de preferencia batallas y guerreros. Era centro igualmente de todas las asociaciones de beneficencia y caridad, en que prodiga-

ba por todos lados favores sin cuento. Este círculo se hizo en breve demasiado estrecho para su celo, y guiada por el venerable sacerdote que es ahora Obispo de Tabasco, se resolvió á subir animosamente *hasta la montaña de Dios*.

Con sorpresa de los que la admiraban en los salones, pero no de los que recibían sus beneficios en el fondo del hogar, se despidió de repente del mundo y abrazó sin vacilar la vida religiosa. Pudo haber escogido uno de esos órdenes de alta enseñanza, cuyos miembros se dedican á formar niñas de la aristocracia, en donde hubiera podido seguir cultivando su talento, lucir su vasta instrucción, y aprovechar sus elevadas dotes literarias. No los había en el país; ¿pero qué era para ella la travesía del océano, animada con el ejemplo de sus hermanos, y excitada por las admoniciones del mayor, que habría deseado mejor verla en el Sagrado Corazón, en las Salesas, ó en la Congregación de Nuestra Señora de Namur? Lejos de esto, quiso hacer el sacrificio completo y entró en el Instituto de las humildes Hermanas de la Caridad, donde más que el talento habían de servirle las fuerzas físicas, y donde su brillante educación tenía que ofuscarse entre los trabajos del hospital y las faenas del orfanatorio ó del asilo. Afortunadamente robustez le sobraba, y aun en el clima tórrido de Panamá, ni una sola vez, en veintiún años, se extendió sobre el lecho del dolor, si no es para morir. ¡Y era la misma que, cuando el 28 de Agosto de 1845 venía al mundo en la capital de México, nacía tan débil que fué preciso que el médico con su propia mano le anticipara el bautismo!

Pocos, poquísimos años, prestó sus servicios de Her-

mana de la Caridad en la República, y casi todos los pasó en la casa de Puebla. De allí salió para Veracruz y para Europa, con todas sus compañeras, el año de 1874. La Providencia, que todo dispone *fortiter et suaviter*, permitió que al mismo tiempo que el huracán revolucionario se desencadenaba sobre México, calmara algún tanto en algunas Repúblicas de la América Central, y cesara de tal suerte en Colombia, que se verificó sin sentirlo la reacción, ó mejor dicho, la evolución religiosa que aún hoy día ejerce sobre aquellos pueblos su benéfico influjo. Así es que la falange de Hermanas Mexicanas, no sólo se dispersó en pequeños grupos en diversas casas de España, de Francia, de Italia, del Imperio Otomano y de Persia, sino que en cuerpos numerosos fueron muchas á fundar nuevos establecimientos en la América del Sur y del Centro.

En uno de éstos, y destinada no recuerdo si á Costa Rica ó Nicaragua, iba Sor María de los Dolores. Cruzado el istmo que une ó separa las dos Américas, tuvo que detenerse la comitiva en la ciudad de Panamá, en espera de vapor que la condujera á su destino. Llegó el navío; pero los buenos habitantes impidieron el embarque de las religiosas, y con piadosa violencia y obtenidas las licencias necesarias, las obligaron á hacer allí mismo la fundación pedida para regiones más lejanas.

Allí la encontré pocos años después. Empezaba entonces ese movimiento extraordinario, causado por los colosales proyectos del insigne ingeniero llamado por excelencia *el gran Francés*, y que fué grande en efecto, en su obra gigantesca del Canal de Suez, que convirtió

el África en isla y tantos bienes ha traído al mundo; y grande en su fracaso al pretender cortar de igual manera el istmo de Panamá. Ya se preparaban esos grandes trabajos que costaron tantas vidas y tantas fortunas, y entre ellas el grandioso hospital, que importó tres millones de pesos y fué confiado á las Hermanas de la Caridad.

Se verificaba al mismo tiempo la resurrección moral y religiosa de Colombia, después de convulsiones tan violentas y tan radicales que á su lado las revoluciones de México son una mera sombra. Al frente de la diócesi de Panamá, se encontraba el Padre Telesforo Paul, varón insigne que murió más tarde siendo Arzobispo de Bogotá, y que en esos momentos hacía renacer de sus escombros su Catedral; y entre las ruinas, aún informes, de antiguos templos y conventos construidos por los españoles, y destruidos á pesar de su solidez por la revolución, los incendios y los huracanes, introducía (y no es exageración) á guisa de palomas que se anidan en los agujeros de dilapidado monasterio, ya sea á sus hermanos de la Compañía de Jesús, ya sea á las Hermanas de la Caridad, con sus huérfanas, y educandas, y enfermos.

Allí encontré á mi hermana; pero si me permitís una reminiscencia de Ovidio, *Heu quantum hæc Niobe, Niobe distabat ab illa!* Ya no quedaban huellas de la antigua señorita de sociedad, toda delicadeza y afeites, todo refinamiento y gentileza. Entre pobres y gente inculta tenía que vivir, y con laudable filosofía se despojó del barniz de corte que antes la adornara, para bajar hasta el nivel de aquella iliterata muchedumbre, cuyas almas

y cuerpos le estaban encomendados. Ya no los perfumes de París, sino los olores característicos de la cocina y de la farmacia, exhalaba su tosco sayal. Con su cesta colgada del brazo izquierdo y su huerfanita sostenida por la mano derecha, recorría el mercado ahogando con su voz aun la de las verduleras y pescadores; pero al mismo tiempo dejando centellear sus ojos con tal dulzura, que los obligaba á ceder en pro del convento más de la mitad de sus ganancias, y á darle las mercancías á vilísimo precio.

Pero no por esto quedó perdida su esmerada educación. Como todo se hallaba en vía de reconstrucción, tenían las Hermanas que hacerse todo para todos, y recibir entre sus educandas, aun á las mejores niñas de aquellos contornos. Con ellas tuvo ocasión Sor Dolores de seguir cultivando su talento, y voy á decir la fortuita circunstancia que me descubrió cuánto había trabajado en este sentido.

El voto de pobreza es esencial en todo orden religioso, pero es muy diverso el modo de practicarla según los diversos institutos. Religioso es el caballero profeso de Malta, ni más ni menos que el capuchino; y el primero habita en dorados palacios, ciñe espada y viste lujoso uniforme, mientras al segundo concede la comunidad un sólo hábito para toda la vida, dos pañuelos y un par de sandalias al año, y tosco y escaso alimento dos veces al día. Ciertó peculio se permite á algunos frailes que emigran á lejanas misiones, mientras otros tienen que despojarse desde luego hasta de las prendas al parecer más necesarias. San Vicente que, sin duda por inspiración divina, previó los cambios que iba á sufrir

la legislación dos siglos más tarde, dispuso sus reglas de tal modo que, según me han asegurado, nada ha habido que innovar aun hoy, por lo que toca á la observancia interior y exterior de la pobreza, mientras que en otros institutos fuerza ha sido recurrir á múltiples *fictiones juris* para escapar á la persecución.

En cuanto á las Hermanas, les es lícito, según una vez me informó la Superiora general, emplear los réditos de los bienes patrimoniales de cada una en obras de caridad á beneplácito de los superiores. En el cataclismo que produjo la salida en masa de las Hermanas de México, este reglamento fué fecundo en beneficios, pues pudieron ayudarse las unas á las otras, y ejercer más tarde la caridad en mayor escala, en los países adonde fueron á fundar. Tal sucedió, entre otras, á Sor María de los Dolores, y muchos viajeros que han tenido en diversas épocas que cruzar el Istmo, nos han traído noticias de la alta popularidad que estas caridades conquistaron á quien las hacía, y á la sociedad de que formaba parte.

Pero he aquí que quebrantos domésticos, que de rechazo produjeron su efecto aun en la remota Panamá, privaron á Sor María de los Dolores de este consuelo tan legítimo. Inquieta por no poder practicar ya la caridad en la escala que antes, y en su inexperiencia haciéndose la ilusión de que las letras dan productos pecuniarios en nuestra América Española, desenterró una multitud de composiciones poéticas y dramáticas, elaboradas en sus ratos de ocio y en su mayor parte para instrucción de sus educandas, y me anunció que me las iba á enviar para que yo las diera á la luz pública, y con

el producto de los dos volúmenes que formarían, tuviera ella lo suficiente para no sé qué fundación que proyectaba. La muerte la sorprendió limando estas lucubraciones, y meditando planes de beneficencia y caridad.

Nada sé deciros todavía de sus últimos instantes; pero sí puedo aseguraros que su desprendimiento era tan perfecto hacía largos años, que no aspiraba ni aun á un sepulcro en la patria. ¡Un sepulcro en la tierra que nos vió nacer! Aun despojado de toda superstición pagana, es tan natural el deseo de reposar con nuestros mayores, que ni los grandes santos se han avergonzado de nutrirlo y manifestarlo. Cuenta San Agustín que tal sentimiento albergó mucho tiempo su madre Santa Mónica, y añade con admiración que sólo pocos días antes de su fallecimiento olvidó tal empeño. “Poned, dijo la santa á él y á su hermano, al volver del éxtasis que la recreó en su lecho de muerte, poned este mi cuerpo donde mejor os plazca, únicamente os ruego que dondequiera que os halléis os acordéis de vuestra madre ante el altar de Dios.”

Casi las mismas palabras que la santa matrona dirigió á su hijo á orillas del mar Mediterráneo, y junto á esas bocas del Tíber que han dado su nombre al puerto de Ostia, pronunciaba mi hermana diez y nueve años antes del luctuoso suceso que aquí nos congrega.

Nos hallábamos juntos á orillas del Pacífico, escuchando los rugidos de esas olas que tanto entusiasmaron á Vasco Núñez de Balboa, cuando las contempló por vez primera, y quizá sobre las mismas rocas holladas hace tres siglos por el héroe legendario. Hablaba yo á la hermana desterrada de la dificultad de volver á México,

de los muchos años que tenían, y quizá tienen que pasar antes que entre nosotros se restablezca su instituto; y ¿lo confesaré? piadosamente la tentaba, y observaba con ojo avizor si vacilaba en su vocación. ¡Muy lejos de eso! Mis palabras se estrellaban contra su pecho, como las olas contra los riscos que nos sostenían, y me manifestó con entereza su resolución de seguir á sus compañeras adondequiera que la Providencia las llevara, y de no mendigar jamás ni seis pies de tierra en que reposar en la patria que la había desechado.

Sus votos se han cumplido. Fiel á su bandera, ha expirado gloriosamente en el que para un cristiano y para una religiosa, es y debe llamarse el campo del honor. Réstame sólo orar á Dios por ella en unión vuestra, en unión de vosotros mis diocesanos que formáis mi corona y mi gloria. Pero antes quiero daros una vez más las gracias, con toda la efusión de mi corazón, por la parte que habéis tomado en mi dolor. Unidos estuvisteis conmigo en los días de regocijo de mi jubileo episcopal. Pero el pesar, según dicen, une más estrechamente que el júbilo, y lo estoy viendo patente en este día de luto. ¡Oh! Que nada ni nadie venga en adelante á perturbar esta unión tan dulce entre el Pastor y sus ovejas.

Ahora, oh Dios mío, permíteme que con las palabras de tu siervo Agustín (*Confes. lib. 9*) te dirija mis fervientes plegarias por la que acabas de llevar á tu seno. ¡Oh vida mía, Dios de mi corazón! Haciendo á un lado sus virtudes y buenas acciones, por las cuales te doy las gracias más rendidas, te ruego que acabes de borrar sus pecados. Óyeme, Dios mío, por la preciosísima sangre de tu Hijo, derramada en la Cruz para medicina de nues-

tras llagas. Sé, Señor, que fué mi hermana misericordiosa; sé que perdonó de corazón á sus deudores; perdónala, pues, Dios y Señor, sus deudas. No entres en juicio con ella; venza tu misericordia á tu juicio, porque no puede faltar la verdad en lo que prometes, y tú has ofrecido misericordia á los misericordiosos.

Creo, Señor, que ya habrás hecho lo que te pido; pero aprueba, oh Dios, estas palabras de mi boca en que se explica mi tierno afecto. . . . Descanse en paz con sus hermanas muertas en el destierro. Y tú, oh Señor, inspira á tus siervos, mis hermanos, hijos tuyos y señores míos, á quienes sirvo con la voz, con el corazón y con los escritos, que se acuerden en los altares de María de los Dolores, tu sierva, hermana de su Pastor según la carne, hermana de muchos por el común instituto, hermana de todos por la caridad.

